

NACIMIENTOS

AUNQUE ha decaído un tanto la costumbre, todavía se siguen viendo grupos de muchachos que recorren tiendas y habitaciones exponiendo pintorescos nacimientos.

Cierto que gran parte de *mukizus*, como diría Soroa, prefieren coger un pandero y berrear quizás algunas especies de villancicos, *especies* en que no estaría de más la *tasa*, dados los extravíos que con frecuencia se advierten. Pero en fin, es el caso que aun recorren los nacimientos las *koškeras* calles de nuestra Ciudad.

El diminuto misterio, los montes de musgo con sus golpes de harina simulando nieve, las tiras de cristal azogado semejando riachuelos (por aquello de las aguas cristalinas), los pastores de variados calibres y distinta indumentaria. Todo ello visto a través de un cristal que quiso ser redondo, pero en el que se advierten reminiscencias *koškeras*; y a la luz de una bujía oscilante a los movimientos que imprimen los portadores.

Vistos por las calles con sus fundas, que invariablemente son rojas, iluminadas por el menguado *ipurtargi*, semejan farolones de una iluminación *a giorno*.

Conservan el atractivo encanto de una de las viejas costumbres que aquí en Donostia fueron de gran arraigo en épocas pretéritas.

En muchas casas se exhibían vistosos nacimientos adonde concurría gran parte del vecindario para admirar la habilidad constructora del artífice y deleitarse a la vista de las *archai-andres* y *praškus*, ordinariamente ataviados con pintorescos trajes de tela.

La iluminación corría a cargo de las inquietas *maripošas* y tal cual candelilla de desfallecido color.

A principios del siglo pasado era notable en Donostia un nacimiento que exhibía en sus habitaciones un tal Rodríguez, maestro de primeras letras.

La hora de las grandes aglomeraciones solía ser las tardes de los días festivos después de vísperas. Era tal el ansia por contemplar las

ingeniosas habilidades del maestro, que antes de que éste llegara de la parroquia, ya la casa hallábase invadida por bulliciosa muchedumbre en que figuraban las mujeres en gran mayoría.

Se abría la puerta, una campanilla de esas chillonas, estridentes, que durante media hora van repitiendo su toque monótono e insoporrible, anunciaba la entrada del *dómine* en la habitación.

El silencio se imponía en los concurrentes, en cuyos rostros se dibujaba una sonrisa de reconocimiento y gratitud. Penetraba el *dómine* con la majestad olímpica de un César, y daba principio la solemnidad.

Primera parte: el maestro de primeras letras se desprendía de su inseparable paraguas de familia, verdadero antuca, pues llevaba lo mismo cuando achicharraba el sol como cuando caían capuchinos de bronce. Después quitaba la monumental chistera, la obsequiaba con un cariñoso codazo, la colgaba en el lugar correspondiente y se encasquetaba un gorro de terciopelo, que fué negro en su juventud dorada.

Todas estas operaciones las realizaba ante el público, pero con tal aplomo y majestad, que más de una vez asomó a los labios de algún asistente inquieto un desconcertante ¡que se repita! Pero nunca pasó de los labios. Era mucho el respeto que imponía el hogar de aquel maestro de primeras letras.

Segunda parte: se procede a la iluminación del nacimiento. Agitación y murmullos de impaciencia en los concurrentes. Un chirrido prolongado rompe el silencio de la estancia, se percibe un tufillo de azufre; es que el maestro ha encendido uno de los fósforos llamados de cocina, para con él dar luz a una cerilla dispuesta en el extremo de una caña y proceder a la iluminación.

Cada vez que enciende una *maripoša* o una *candelilla*, se escapan gritos de admiración. Parece que se descubren nuevos paisajes, diferentes panoramas. No sería mayor la impresión de Colón y sus navegantes al descubrir nuevas tierras en el vasto Océano.

La tercera parte era la descripción, que el maestro la hacía con una gracia y un donaire, que ya la hubieran querido imitar los fenecidos *asplícadores* de cine.

Cada figura tenía un nombre propio: éste era *Anñon pipaš*, aquella *Mari burrunzi* y el maestro suponía diálogos que producían francas y regocijadas risotadas. El nacimiento del maestro era todos los años el éxito de la temporada en Donostia.

Terminaba la sesión pasando la bandeja *našimentuko argiyarentzat*, Y el aguinaldo correspondía al buen éxito de la sesión.

PERU JUANCHO
